

SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS (CICLO A)

No pretendemos dar una conferencia acerca del significado del Corazón de Jesús, sino explicar su celebración solemne.

Esta Solemnidad está en relación con la Festividad de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote y también con la Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo.

Si siempre debemos unir devoción y Teología, máxime en estas Fiestas. Quizá algunos se inclinan más por la devoción que por el contenido de estas Solemnidades; quizá otros se cierran demasiado en sus teologías, impidiendo el desarrollo sano y laudable de la devoción. A Dios se va con el corazón y con la mente.

Primeramente, de un modo general y por encima, vamos a exponer el Origen y la Difusión de esta Solemnidad, después trataremos de su Celebración y significado teológico.

La devoción al Corazón de Jesús especialmente en el siglo XVI viene proclamada por los Jesuitas y floreció especialmente en los círculos de los Oratorios franceses del siglo XVII. Toda aspiración a la perfección viene orientada a imitación de la vida interior de Jesús, es decir de su Corazón, expresión cálida de Cristo.

En la segunda mitad del siglo XVII en los círculos franceses se comenzó el reclamo por una fiesta particular. Para la comunidad de San Juan Eudes en el año 1672 el obispo de Rennes le concedió permiso para la celebración de una Misa en honor del Corazón de Jesús.

Influyó mucho en la difusión de la Fiesta una visión de la mística Margarita María de Alacoque (muerta en el año 1690), en la cual Jesús, mostrando su Corazón y reclamando la atención sobre su amor por muchos despreciado, pide una fiesta especial para el viernes después de la octava del Corpus Dómini . (1675).

León XIII en el año 1899 ordenó la consagración del mundo al Sacratísimo Corazón de Jesús mediante la bula "Annum sacrum". Se está terminando el siglo 19 y se comienza el siglo 20. Este hecho tiene su importancia, de aquí dicha Consagración.

En 1856, Pío IX bajo la solicitud de Gueranger concedió la extensión de la fiesta a toda la Iglesia. Queda la fiesta; pero no está claro qué se celebra. Nunca podremos abarcar todo el contenido, esto es normal; lo que hace falta es que la parte no impida ver el todo.

La Celebración:

Esta Solemnidad está establecida para el día de viernes después del Corpus. Se quiere relacionar esta Solemnidad con el Viernes Santo.

A un formulario de Misa y de Oficio ya existente; en el año 1778 Clemente XIII añade uno nuevo, en el cual está en el centro el Corazón físico de Jesús. Estamos seguros que el Papa no quiere reducir la fiesta al Corazón físico, aunque así lo parezca.

En el año 1929, bajo Pío XI se compone otro formulario de misa y de Oficio, que sustituyen a los anteriores. En ellos predomina el pensamiento de la reparación. Quizá esta palabra puede ser considerada de una forma unilateral y también en su sentido menos positivo, de aquí cierto rechazo, que sentimos hacia ella y hacia lo que la favorezca.

El Misal Romano del año 1970 recibe en parte los textos del año 1929, pero presenta una más rica oferta de textos para la liturgia de la Palabra. De las oraciones del celebrante son nuevas la oración colecta, el Prefacio y la oración conclusiva; la oración de ofrendas es del antiguo Misal; pero retocado.

Significado teológico de esta Solemnidad:

Quizá la mirada del liturgista, del teólogo, difiere un poco del hombre piadoso. Siempre existirá esta oposición, manifestada en ciertas celebraciones. La Teología debe hacerse más piadosa y la piedad más teológica, de otro modo siempre surgirán enfrentamientos.

Exponemos el parecer, el punto de vista del teólogo, del liturgista.

La fiesta del Corazón de Jesús es una típica fiesta de devoción. Esta afirmación es correcta y verdadera; lo que se necesita es que la devoción no pierda su calidad.

La devoción del Corazón de Jesús y también la fiesta manifiestan desde el principio una tendencia aislante. Todos queremos contemplar el Todo y nos resistimos a contemplar las partes, aunque éstas impliquen una riqueza, un mejor entendimiento del todo.

Esta espiritualidad está relacionada con el memorial de la pasión y de la muerte del Señor. Viene destacada una parte del todo, y no solo eventualmente la pasión, sino una parte del cuerpo de aquél que sufre: el corazón traspasado por la lanza.

La fiesta es una fiesta de Idea, en la cual no está en el centro la memoria de un acontecimiento salvífico, sino la idea de un amor redentor y de la reparación. Esto es cierto; pero siempre será noble y útil acentuar el amor del Señor hacia los hombres. El misterio se expone, no solamente para conocerlo, sino para vivirlo.

Ya en la elección del día de la semana viernes se ve claramente que se busca la relación con el Viernes Santo, pero se le quiere celebrar fuera del Triduo Sacro. No necesariamente la celebración de la Solemnidad del Corazón de Jesús nos lleva a olvidar la unidad del Triduo Sacro. Podemos al detenernos en la parte olvidar que forma parte del todo; pero si la celebración de las partes nos lleva a un mayor aprecio y valoración del todo, resulta positiva dicha celebración.

Es cierto que esta Solemnidad trae su origen de la piedad particular de un determinado grupo.

Desde el siglo XVII la devoción al Corazón de Jesús y también la fiesta han puesto en el centro una idea: se trata del amor del Redentor, que viene expresado concretamente en el corazón; a esto se añade, especialmente desde el siglo XIX la idea de la reparación por todos los ultrajes cometidos contra el amor del redentor. En esta fiesta, en el centro no está la memoria de un acontecimiento salvífico, sino la idea del amor redentor y de la reparación; de aquí cierta duda de los liturgistas ante esta Solemnidad. El pueblo sencillo no percibe esta dificultad, sino que celebra con devoción la Fiesta, sin pensar que quizá no sepa lo que celebra.

La eucología del Misal de Pablo VI del año 1970 ha olvidado esta dimensión, proyectando otra dimensión como vamos a ver en seguida.

Como la Solemnidad de la Sagrado Corazón ha sido establecida por la Iglesia, en precisamente aquí donde radica su teología y su razón de ser. Diremos que no es fácil señalar con exactitud el objeto de la celebración.

En la historia de esta fiesta, los formularios de la misa han sido distintos. La razón quizás radique en la dificultad de precisar con claridad el objeto de la misma celebración.

La Eucología menor reproduce, en parte, los textos del Misal anterior: existe una oración colecta alternativa y el texto de la oración después de la comunión ha sufrido retoques importantes.

En la segunda oración colecta, que es del Misal anterior y en la oración sobre las ofrendas se habla de reparación y expiación de los pecados, concepto que proviene del ambiente devocional del cual surgió la solemnidad.

El texto eucológico más válido es el nuevo prefacio, que se distingue por una particular inspiración escriturística y patristica; en él viene proclamado el misterio de la salvación visto en la dimensión cristológica, eclesial y sacramental.

Vamos a analizar la oración Colecta, la primera, que es del Misal de Pablo VI; después la Oración después de la Comunión, que prácticamente es nueva y por último el Prefacio, que es también nuevo.

Oración colecta:

“... recordamos los beneficios de tu amor para con nosotros”. La historia salutis exige tener presente las maravillas de Dios; no olvidarlas, incluso hacer memorial de ellas. Nadie puede dudar de la densidad teológica de esta oración. El contenido de esta exposición está en relación con la celebración del Año Litúrgico. *Concédenos recibir de esta fuente divina una inagotable abundancia de gracia.* No es una petición sentimental, devocional en el sentido menos positivo de la palabra, sino que expresamos un deseo digno. La imagen de la fuente es bella y llena de simbolismo. Cuando se habla de Jesucristo, le llamamos: Palabra, Luz, Agua viva, Pan vivo, verdadera Vid, ¿por qué no fuente divina?

Oración después de la Comunión:

“Este sacramento de tu amor, Dios nuestro.” Si todos los Sacramentos expresan e indican el amor de Dios a los hombres, manifestado de diversas maneras; la Eucaristía es por antonomasia el Sacramento del amor y está bien considerarlo así en la Solemnidad del Corazón de Jesús; pues todos sabemos lo que queremos decir cuando hablamos del Corazón. “Enciende en nosotros el fuego del amor”. Cuando el hombre se siente amado por Dios, se enciende en su corazón como una hoguera, un fuego, que purifica y abrasa, pues es un fuego de amor. Noble deseo, sublime petición al terminar la Eucaristía de esta Solemnidad. San Juan de la Cruz llamará a una de sus Obras: “Llama de amor viva”. Este amor que prende en nosotros es de la máxima calidad, y digno de toda credibilidad y confianza: “que nos mueva más a unirnos a Cristo y reconocerle presente en los hermanos.” Rápidamente nos viene a la mente y al

corazón la clase de amor, que quería San Juan, tanto en su Evangelio como en sus Cartas.

El amor de verdad tiene una doble dimensión constitutiva, inseparable: amar a Dios y verle en los hermanos, siendo éstos sacramento del amor divino.

El Prefacio:

“... Por Cristo, Señor nuestro. El cual, con amor admirable se entregó por nosotros...” Afirmación densa y cuajada de teología. Cristo sabe amar y lo hace hasta el extremo. Nadie puede dudar que esta expresión dista mucho del sentimentalismo. Esta expresión vertebrata toda locución acerca del amor de Cristo a los hombres.

“y elevado sobre la cruz hizo que de la herida de su costado brotaran, con el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia”. Aquí están hablando los Padres de la Iglesia, que han sabido hacer teología de los hechos bíblicos. No se trata de una frase dulzona, sino fuerte y llena de vigor. Cristo crucificado es la máxima garantía de que realmente nos ama. El Costado de Cristo, símbolo de la acogida, de la intimidad, de la fidelidad, se ha convertido en fuente sacramental. La sangre del costado no solo produce en nosotros sentimientos de dolor, de compasión, sino de gratitud, es una invitación a valorar bien los gestos de Jesús en pro de los hombres. Las palabras iluminan, aclaran la razón; pero los gestos sinceros y nítidos encienden el corazón.

“Para que así, acercándose al corazón abierto del Salvador, todos puedan beber con gozo de la fuente de la salvación”. Cristo nos invita a acercarnos a El, no solamente a sus enseñanzas. El lenguaje simbólico es el más adecuado para entender y comprender lo que Dios nos quiere decir. El corazón simboliza y expresa la totalidad del ser; el Corazón de Jesús remite al Jesús entero y total. El se nos presenta sin engaños, con la máxima transparencia, haciéndose presente y cercano. Un corazón abierto para el otro es la máxima garantía.

Estos textos eucológicos deben ser la clave interpretativa de esta Solemnidad del Corazón de Jesús. Si en otros tiempos esta Solemnidad pudo tener otras dimensiones, que quizá no estaban en plena sintonía con el mensaje salvífico en su totalidad; ahora podemos decir que la Iglesia, en su teología, en su Liturgia ha hecho que esté en plena relación con el Mensaje de Salvación. Urge dejar discusiones teológicas y litúrgicas de un cierto perfeccionismo teológico, que no siempre mueve el espíritu del hombre, y dejémonos llevar y enseñar por esta Solemnidad.

La Liturgia de la Palabra es rica en esta Solemnidad, pues tenemos 9 lecturas; tres para cada ciclo.

La Liturgia de la Palabra del ciclo A tiene presente dos consideraciones: Qué es Dios para su pueblo, para nosotros; y qué somos nosotros, cómo debemos comportarnos con El.

El Corazón amante, sede del amor, del afecto, exige del corazón amado la misma respuesta, el mismo comportamiento.

Como Primera lectura tenemos el texto del Dt 7, 6-11: Pueblo consagrado al Señor. El versículo 6 es muy importante, pues dice qué es Israel para el Señor:

Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahveh tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra.

Si Dios se “consagra” a Israel; éste debe vivir su “consagración” a Yahvé.

La elección hace de Israel un pueblo singular, una nación santa y consagrada al Señor. Por su misma naturaleza, Israel no debe mezclarse con las otras naciones.

Es el favor y amor de Dios lo que engrandece, no el número. Dios escoge lo pequeño y débil para ejercer y manifestar en ello su poder y grandeza.

El versículo 7 expresa qué es lo que no ha obligado al Señor en esta elección:

No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahveh de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos.

El versículo 8 explica el verdadero motivo de esta elección; elección, que ha supuesto para el Señor una gran hazaña: sacar a su pueblo de la esclavitud, a la libertad.

Sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres, por eso os ha sacado Yahveh con mano fuerte y os ha librado de la casa de servidumbre, del poder de Faraón, rey de Egipto.

Si Dios se comporta con su Pueblo de un modo sublime, maravilloso; Israel debe hacer lo mismo. Si Israel está consagrado, santificado, debe vivir en santidad.

La consagración de Israel a Yahvé no se fundamenta solo en la elección divina, sino en la misma identidad de Dios, en la condición de Señor, en su realidad, en su ser

“Has de saber, pues, que Yahveh tu Dios es el Dios verdadero, el Dios verdadero, el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones a los que le aman y guardan sus mandamientos”. (v. 9)

La santidad, por ser una nota constitutiva de la esencia misma de Dios, cuando se predica del pueblo significa que éste ha entrado en la esfera divina; lleva en sí, por tanto, la idea de consagración al Señor y de separación de todo lo profano.

La teología de la elección, tal como se expresa en este pasaje, constituye sin duda un rasgo distintivo de la enseñanza del Deuteronomio.

La elección se puede perder, pero nunca se merece; es un don de Dios.

El “rescate” del poder del faraón, por medio del cual Israel pasa a ser “propiedad particular del Señor”, y la consiguiente salida de Egipto (Dt 7, 8b) confirman la elección. La salida de Egipto y la entrada y toma de posesión de la tierra prometida son los acontecimientos fundamentales en los que se manifiesta palmariamente la elección divina. La conciencia de la elección se cimenta, por tanto, en una experiencia histórica de liberación del enemigo. El pueblo elegido se debe a un solo Dios, en quien cree y a quien debe adorar en un solo lugar.

La elección no se interpreta simplemente como un privilegio, sino también como una misión frente a las demás naciones y como una obligación para con su Dios.

Podemos decir que la elección de esta lectura del Dt 7, 6-11 es muy apropiada y adecuada para poder comprender la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. No podemos extendernos más.

Salmo: Estribillo: “*La misericordia del Señor dura siempre, para los que cumplen sus mandatos*”. Este estribillo resulta muy adecuado e iluminador en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús: lleno de misericordia y fidelidad.

Segunda Lectura: 1 Jn 4, 7-16: Dios es amor

El tema del amor acapara toda la atención del pasaje. La afirmación central: Dios es amor, es una de las tres célebres descripciones joánicas de la naturaleza profunda de Dios que, además de amor, es espíritu (Jn 4, 24) y es luz (1 Jn 1, 5)

Al decir que Dios es amor, el autor no pretende dar una explicación filosófica del ser divino, sino más bien ofrecer una descripción existencial, es decir, quiere recordarnos que Dios se nos ha revelado en su Hijo como un Dios que nos ama. Su actividad más específica es el amor. Lo es con respecto a su Hijo unigénito Jesucristo, y lo es con respecto a los hombres, por cuya salvación no dudó en enviar al mundo a su Hijo querido, entregándolo a la muerte (Jn 3, 16; 1 Jn 3, 16; Rom 5, 8).

Expongo algunas ideas, sacadas de esta perícopa. Si Dios es amor para el hombre; éste debe responder con amor.

En respuesta a este amor, el hombre debe, por supuesto, amar a Dios- esto es evidente y el autor de la carta ni siquiera lo dice expresamente-, pero debe sobre todo amar al prójimo. Esta es la novedad del evangelio: el amor al prójimo se convierte en signo sacramental del amor a Dios.

El amor es de Dios (v. 7). El motivo del amor consiste en que tiene su origen en Dios; todo el que ama acredita con ello que tiene su origen en el mismo Dios, con quien tiene comunión: ha “nacido de Dios”. Dios es amor. El amor no sólo procede de Dios como de su fuente, sino que es la misma esencia de Dios. Este es el significado profundo de la afirmación de que quien ama conoce a Dios y ha nacido de él.

En el versículo 8 se da una bella definición de Dios, de la cual parte que toda actividad del hombre sea precisamente amar; de no hacerlo, no puede decir que ha nacido de Dios:

“Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor”

El cristiano no se contenta con decir que *Dios es amor*, sino que debe confesar de todos los modos y maneras que Dios nos ama, ama al mundo; ama al mundo de una forma especial. El mundo no fácilmente se da cuenta de cómo le ama Dios. Al mundo le gustaría otras expresiones del amor de Dios: más justicia, menos pobreza, más paz, menos guerras; que no existan terremotos; que los hombres no pasen hambre ni se maten. También ama así Dios al mundo; pero esto como una derivación de la gran afirmación:

En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. (v. 9)

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. (v. 10)

A primera vista nos resulta extraña la conclusión del v. 11: *“Queridos míos, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros”*. Lo lógico hubiera sido esto: *también nosotros debemos amarle*.

En este texto elegido como segunda lectura el autor de la Primera Carta de San Juan no dice expresamente que el cristiano debe amar a Dios, sino al hermano, pues al amar al otro se supone que amamos a Dios, pues de El procede el amor. Amamos al otro con el amor que Dios nos ama.

El versículo 12 presenta uno de tantos efectos del amor: *“ Si nosotros nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su perfección ”*

Podemos decir que en este texto de la Primera de Juan, 4. 7-17 no hay una ilación lógica como que estamos acostumbrados nosotros; San Juan habla de otra manera; habla de una forma circular, concéntrica ; pero las ideas quedan expresadas: Dios es amor; nos lo ha manifestado de muchas formas; por lo tanto debemos amarnos: de no hacerlo nos privamos de muchas cosas y debemos amar (se entiende a Dios) al hermano de diversas maneras.

El v. 13 es de una gran densidad pneumatológica: es el Espíritu garantía de veracidad, de fidelidad: *“En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que él nos ha dado su Espíritu”*

El versículo 14 explica a qué ha enviado el Padre a su Hijo; versículo de un gran contenido soteriológico : *“Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre ha enviado a su Hijo como Salvador del mundo.”* . El Hijo no solamente nos dice una palabra acerca de Dios; no sólo nos habla del Padre, sino que nos salva. El mundo necesitaba un Salvador.

El versículo 16 es como una gran afirmación: *“Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene”*

También debemos decir que la elección de este texto ha sido acertada para la Solemnidad del Sagrado Corazón.

Evangelio: Mt 11, 25-30: *El reino de Dios revelado a los pequeños*

Mateo ha reunido aquí tres dichos de Jesús que probablemente tuvieron un origen independiente. Su intención al reunir estas tres sentencias se explica cuando las leemos en el contexto de la pregunta acerca de Jesús: *“¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?”* (Mt 11, 3)

Y de las reacciones de sus contemporáneos: *“Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores." Y la Sabiduría se ha acreditado por sus obras.»* (Mt 11, 19).

En este contexto de rechazo e incredulidad sólo los pequeños son capaces de acoger la revelación del Padre (Mt 11, 25), manifestada en las acciones y palabras de Jesús.

La primera palabra (Mt 11, 25-26) *“En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños.*

Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.”

Es una oración de alabanza. La introducción es breve y se dirige al Padre como señor del cielo y de la tierra. El hecho de que Jesús llamara a Dios Padre (Abba) refleja la confianza y la cercanía que tenía con él.

Los sabios y entendidos son, en este contexto de este evangelio, los maestros de la ley y los fariseos, que conocen la ley de Moisés, pero han rechazado a Jesús; en cambio los sencillos han sabido recibir la revelación de Jesús y le han acogido.

La segunda palabra de Jesús (Mt 11, 27) *“Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”* está relacionada con la anterior y trata de explicar en qué consiste la revelación a los sencillos. El Padre conoce al Hijo en profundidad y lo manifiesta en dos momentos culminantes de su vida, en los que a través de la voz celeste revela su condición de Hijo único y amado: el Bautismo (Mt 3, 17) y la Transfiguración (Mt 17, 5). Por su parte, el Hijo es el único que conoce verdaderamente al Padre y el único que puede revelarle a través de sus gestos y palabras.

La tercera palabra (Mt 11, 28-30) *“ «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso.*

Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.

Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.» Es muy parecida a la invitación a hacerse discípulos de la sabiduría, que leemos en los libros sapienciales: venid a mí: *“Venid a mí los que me deseáis, y hartaos de mis productos.”* (Eclo 24, 19); *tomad mi yugo: “someted al yugo vuestro cuello, que vuestra alma reciba la instrucción: está ahí a vuestro alcance”* (Eclo 51, 26). Encontraréis descanso: *“Porque al fin hallarás en ella el descanso, y ella se te trocará en contento”* (Eclo 6, 28)

La aceptación y el rechazo de Jesús seguían siendo un hecho en tiempos del evangelista, el cual, a través de este párrafo dirige una invitación a los cristianos de su época.

El rechazo de Jesús estaba previsto en el designio del Padre, el cual ha querido revelar el misterio de Jesús a los sencillos. El rechazo de los sabios y prudentes revela que la fe en Jesús es un don, y no el fruto del esfuerzo humano. Para acoger este don hay que hacerse sencillo; hay que abandonar el pesado fardo de la ley y cargar con el yugo suave de la gratuidad.

También podemos calificar de acertada la elección de este texto de Mateo como evangelio de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

Este Evangelio indica la personalidad de Jesús por una parte que le da gracias a Dios porque ha ocultado estas cosas a los sabios; casi podíamos decir que Cristo se presenta malhumorado en el v, 25 a; en este mismo versículo 25b se presenta Jesús lleno de ternura, en plena sintonía con los sencillos, cuya actitud es modélica a la hora de acoger la donación del Padre.

En el versículo 26 Jesús se presenta lleno de autoridad, creando distancias y valorando cómo la fe es un regalo, el mejor de los regalos, es un don, que no se puede comprar, aunque sí perder. Ahonda Jesús en el contenido de “estas cosas”, pues se trata de la revelación de la identidad del Padre y del Hijo.

Si estos vv. 25-27 sirven para indicar cómo actúa el Corazón de Jesús en su sentido doctrinal; los vv. 28-30 indican cómo obra Jesús en un sentido ético, moral y hasta psicológico.

Como conclusión podemos decir que la oportunidad de la celebración de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús es grande y que la Liturgia de la Palabra, tanto la bíblica como la eucológica rezuman un gran contenido teológico muy distante del sentido sensible y dulce. No es lícito reducir esta Solemnidad a la contemplación de un Corazón lloroso, no comprendido, herido por los pecados de los hombres, por su ingratitud. Ingratitud, que debe ser “pagada” por sufragios de arrepentimiento, de expiación.

Es cierto que celebrar o considerar el Corazón de Jesús nos debe llevar a su Persona; pero en este trayecto de acercamiento podemos decir que caben todos los sentimientos nobles: la gratitud, el dolor, la alegría, el gozo, el propósito y deseo de un comportamiento digno del Corazón, que ama.

Si hemos indicado ciertas desviaciones posibles a la hora de “acaparar” las partes de un todo; no es menos de lamentar que el acercamiento a Dios sea de una forma preferentemente intelectual, excluyendo lo más noble de la devoción, lo más noble del Corazón.

A Dios se le conoce mejor con el corazón, pues el corazón tiene razones que la razón no comprende.

Nos unimos a la Iglesia en esta Solemnidad del Corazón de Jesús y hacemos como un propósito: Si Dios nos ama de tal manera, como hemos intentado exponer, nosotros debemos responderle en la misma medida. Este deseo ha sido expresado de un modo sublime por los místicos, que saben qué es amar desde la profundidad de Dios y desde el hondón del hombre.

